

CALLI, AÑOS

70

**Vilma Penagos
Concha**

Antes de terminar la década del 60 llegué a Cali junto con mi familia porque a mi padre lo habían contratado en un importante almacén de esta ciudad: La Casa Agraria. Yo tenía tan sólo 7 años, pero recuerdo bien cómo fue aquello, cómo se tomó la decisión, cómo se emprendió el viaje por la antigua carretera sin pavimentar que tomaba 5 horas para hacer el trayecto entre Popayán y Cali. Recuerdo el perro mareado por tanta curva, la cuna del bebé recién nacido, el mecato puesto por la abuela y la ansiedad que tenía de llegar a un lugar desconocido donde creía que las cosas iban a ser mejor.

Sin embargo, los años 70 en Cali llegaron con el mismo sinsentido que desde la infancia se había poblado mi vida. La misma falta de perspectiva para una niña que al fin de cuentas lo único que quería era entender para qué servía en la vida. La década anterior se había escurrido entre mis ensoñaciones y mis tristezas, el colegio, las amigas de la cuadra, los enamoramientos platónicos que siempre terminaban con un baldado de agua fría. Ninguno llegó a mi puerta para despertarme del aburrido sueño de mi pubertad.

Mi madre, que siempre se había creído de mejor familia que todo el mundo, con incuestionables ancestros extremeños, nunca quiso vivir en otra parte de Cali que no fuera el Norte. Apenas se pudo,

mi padre fue conminado a comprar una casa en el barrio La Flora, donde tuve mi tradicional fiesta de 15 años a pesar de oponerme ya a ese tipo de festejos. Yo era, por lo tanto, y aun siendo *oscurita*, una habitante del *Nortecito* que Andrés immortalizó en sus relatos. Es decir, que hacía parte de ese sector que en esa época empezó a engrosar las ciudades con el surgimiento de la nueva clase media colombiana, de casas igualitas en barrios interminables como Vipasa o La Flora, y cuyos hijos estudiábamos en los también recién aparecidos colegios privados para la clase media.

Para quienes no nos creíamos el cuento de haber nacido para destinos superiores, la juventud se nos avizoraba como un largo y caliente aburrimiento que sólo lográbamos mitigar con los desplazamientos continuos por el *Nortecito*, y aquí la ironía del diminutivo cobraba todo su sentido. Ese espacio era un lugar por donde los hijos e hijas de esa clase media recién nacida nos paseábamos como quien se pasea por el Edén, era nuestro universo de libertad.

Los del *Nortecito* éramos quinceañeros y quinceañeras cuyos abuelos habían huido del campo, pero lo llevaban en el alma, y cuyos padres trabajaban en oficinas y comercios recién abiertos. Sus hijos deambulábamos en un circuito que iba desde Las Vallas, donde iniciaba la Avenida Sexta, pasando por el puente de Chipichape, la esquina de Squibb, Dary Frost, el Centro Comercial del Norte, el parque de Versailles, el Oasis y el resto de la Avenida Sexta. En algunos casos había escapadas a los barrios Centenario y Santa Teresita, pero los del *Nortecito* teníamos orden expresa de no traspasar el límite del Paseo Bolívar. Ir al Sur no era viable, so pena de hacerse encerrar por largo tiempo. El Sur, a ojos de nuestras madres, era un lugar de perdición. Hay

que aclarar que el Sur de Cali de los años 70 no era lo que luego fue con la llegada de los nuevos ricos y de los viejos ricos que comenzaron a poblar Pance y Ciudad Jardín a finales de los 80. Era un Sur popular, mestizo y alborotado. Imposible que una niña del Norte, y sobre todo una niña, visitara tan malucos lugares. Qué tal que se enredara con uno de esos y ahí sí, la ansiedad de subir en la escala social se viera fuertemente comprometida.

En días de semana ni soñar con salir a la calle. Pero el viernes, después de clases, y el sábado, el circuito era obligatorio. En bandas de jóvenes, hombres y mujeres, subíamos por la Sexta hacia el teatro Calima o el Centro Comercial del Norte. Recuerdo muchos viernes sentada con mis amigas en los muros internos de este Centro Comercial, el único y más distinguido de la época, delante de la puerta por donde se ingresaba a Sears, charlando y riendo de todo y de nada, y sobre todo, viendo el tiempo pasar, porque no había nada más que hacer en ese *Nortecito* recién inaugurado. Fue en esa época que la Avenida Sexta asumió plenamente su nombre propio, era nuestro club, nuestra zona de esparcimiento. Era un lugar lleno de luz, de casas grandes con fachadas hermosas y muchos árboles. Recorrer la Sexta un viernes después de las cuatro de la tarde junto a la refrescante brisa caleña era nuestra primera, y aún ingenua, sensación de libertad. Pero en verdad, los jóvenes del *Nortecito* de los 70 nos moríamos de tedio en esta ciudad que no nos proponía nada para saciar nuestras ansias de movimiento.

Por esto, el Cineclub del sábado a mediodía en el teatro Calima se convirtió en una puerta de escape del aburrimiento. En el cine nos encontrábamos para vivir algo distinto. Nuestras familias no sabían a ciencia cierta a qué íbamos, puedo pensar que para ellos era la prolongación del



“
 Así fue hasta
 aquel 5 de marzo
 de 1977 cuando
 en el periódico
 local salió la
 noticia de la
 extraña muerte de
 Andrés Caicedo,
 un joven escritor
 que junto a otros
 había creado el
 Cineclub
 ”

“matiné” infantil y, tal vez, por eso nos permitían ir sin mayor problema. Eso sí a las tres teníamos que estar de regreso.

Ir al Cineclub me generaba una emoción extraña, nueva, no sólo era sumirme en otro mundo por espacio de unas horas, sino, también, ir a percibir algo que no lograba aún entender. En la entrada del teatro se agrupaban algunos jóvenes de pelo largo y andar descomplicado, vestidos de *jeans* y camisetas chinas que hablaban en un lenguaje desconocido. A mí me parecía que ellos tenían la clave secreta para salir del aburrimiento que me asfixiaba. Podría decir que la película no empezaba en la pantalla, sino en la cola, en la espera para entrar, en mirar ese grupo y preguntarme cuál era el secreto de su alquimia.

En ese entonces, empezó también mi afición por la lectura. Leer periódicos, revistas y alguna que otra obra literaria fue la otra puerta que permitió la escapada del aburrimiento nortño-tropical. La literatura empezó a llegar a mi casa, gracias a las hermosas promotoras del Círculo de Lectores que visitaban a mi padre en su oficina para ofrecerle el catálogo. Pero, también a él que sin saber lo que hacía, llevaba este catálogo a casa para que hiciéramos el pedido, y así poder tener la agradable visita de las vendedoras cada mes. Leer fue otro intento para entender la vida y utilizar el hecho de ser alfabeto. Me aficioné a ese ejercicio.

Al Sur sólo se iba en escapada flagrante, a punta de mentiras que iban desde trabajos en grupo donde Vicky, que también vivía en la Flora, hasta preparación de exámenes de trigonometría en casa de Ligia, que era la porra de la clase y vivía en Colseguros. Hasta su casa era llevada en carro con orden de no salir ni a la esquina. La verdad era que apenas el carro

volteaba la esquina nosotras salíamos por la otra para ir a bailar ese ritmo endiablado que tanto nos gustaba y que mi mamá consideraba música de negros. Mi adolescencia transcurrió entre mi aburrida vida hogareña, el colegio en donde sólo me animaba a ganar el año por el espanto de tener que repetir, las romerías hasta el Cineclub y las fugaces escapadas al Sur donde sí se vivía.

A esa tediosa burbuja que era ese Norte de Cali, nos llegaban ecos lejanos de jóvenes muertos en noches de riñas, de estudiantes revoltosos que se tomaban las calles para protestar contra el gobierno; de cosas que no entendíamos y que estaban lejos de nuestro pequeño universo.

Así fue hasta aquel 5 de marzo de 1977 cuando en el periódico local salió la noticia de la extraña muerte de Andrés Caicedo, un joven escritor que junto a otros había creado el Cineclub. La reseña de su muerte iba acompañada de una foto donde reconocí la imagen de ese ser famélico, con gruesas gafas de marco negro y un esmirriado pelo largo que le enmarcaba el rostro. Ese año se publicaron en la prensa muchos artículos y ensayos sobre él, sobre el grupo de Cali, sobre el fenómeno del Cineclub en esta ciudad que parecía condenada al pavor de tierra caliente. Comencé a coleccionar estos recortes de prensa en un folder que guardaba preciosamente en mi closet junto a mi ropa. Sin jamás haber hablado con él, su muerte fue un golpe muy duro que me acercó, como una revelación, a su obra. Leyendo ¡Qué viva la música!, al fin entendí por qué la vida parecía tan aburrida y absurda en este *Nortecito* caleño.

En junio de ese año terminé la secundaria en el colegio de San Luis Gonzaga, donde había ido a parar echada del His-

panoamericano por bajo rendimiento. Mi eterno aburrimiento, sin embargo, no disminuyó y al final del año me encontraba en el mismo punto. Después de la fiesta de grado había que tomar decisiones sobre qué hacer con la vida, y yo, la verdad, no veía ni por dónde ni con qué. Por eso y porque estaba de moda, pensé que la mejor opción era irme de Cali, de Colombia y de Suramérica si era posible. Había llegado a la conclusión de que sólo el viaje daría sentido a mi vida, pero no veía en las estrellas por dónde podría ser esto. De mala gana y sin mucha motivación viajé hasta la Universidad del Valle para inscribirme en una carrera, me presenté a Enfermería porque en la familia había una pariente que había estudiado eso y le iba bien. A mí eso no me sonaba para nada, pero, me dije que para evitar problemas en la casa había que hacerlo.

Un día, mientras caminaba hacia admisiones en Univalle, algo llamó poderosamente mi atención: el movimiento guerrillero M-19 estaba haciendo una campaña de reclutamiento de jóvenes en la universidad. Al escuchar su arenga y leer sus volantes me dije que eso sí era algo emocionante, me quedé escuchándolos y me encantó su discurso rebelde.

Al mismo tiempo y sin yo saberlo, mi madre, tal vez previendo el *destinito fatal* que me esperaba, armó un viaje para sus dos hijas mayores, mi hermana mayor y yo. Al final de ese terrible año de 1977 viajamos a Francia para trabajar como *aupair* e intentar resolver el asunto de ser mujeres en un momento y en un lugar donde todo parecía ir al revés.

La memoria de Caicedo y sus relatos nunca se borraron de mi mente.

—
Vilma Penagos Concha